

LA MUSA BOHEMIA

PRIMERA PARTE

I

Mauricio se echó atrás en el sillón, bostezando; des-
perezóse, y con un gesto hizo á un lado las cuartillas
que emborronadas estaban sobre la mesa. Sentía una
modorra atroz. Media hora de labor no era, en verdad,
para tanto; mas aquel día experimentaba cierta laxi-
tud, quizá producida por la vigilia. Tornó á coger de
nuevo la pluma, como si vacilase; meditó un instante,
pero al fin, viendo que las ideas estancadas yacían en
lo más recóndito del cerebro, dejó el cómodo sillón, lega-
do de quién sabe qué lejanos abuelos, y dióse á pasear
por la estancia.

La mañana lucía allá fuera con todo el esplendor
de Mayo. Por la ventana columbrábase el paisaje satu-
rado de luz. Los árboles, que salpicaban de verde obs-
curo la tenue verdura de la hierba, permanecían inmó-
viles y como adormilados por el calor del sol. Las
montañas esbozaban su perfil azulado en la lejanía, bajo
el cielo sin nubes casi. Por el camino que serpeaba á lo
largo de la campiña, liso y llano aquí, con tal cual gui-
jarro amarillento, oculto allá, en el declive del terreno,
tras de un pinar y á trechos orlado de añosos fresnos,
deslizábase un carro al paso tardío de las mulas. El
carrero, sentado en las varas, silbaba mezclando á

ratos á sus silbidos el *jarrel* rudo, áspero, á fin de apresurar el paso de las bestias, las cuales presto volvían á su andar soñoliento.

Apoyado de codos en el antepecho, contempló con delectación aquella marcha. No en vano era hombre sedentario, y como tal envidiar solía la vida libre del caminante. Hurgándose el bigotillo rubio, cuyas guías, á la moda germánica, erguíanse arriba del nivel de la nariz, dejaba errar por el anchuroso valle la mirada.

Ante él veía el campo, tibio, aromoso, dilatándose desde el negruzco muro de la casa hasta la cordillera, sobre la cual alzábase á modo de centinela, á su derecha, el Ajusco. La primavera había reverdecido los viejos troncos, que se retorcián junto á las cercas. Trepan las enredaderas por los muros blancos del caserío cercano, cuyos techos de cinc reverberaban á la luz solar; las hiedras rodeaban los postigos abiertos á la alegría de la mañana, coronándoles de campanillas azules; el rojo de las amapolas tachoneaba la verdura de los huertos. Apenas si, al soplar una ráfaga, estremecíanse los carrizales, desparramando en derredor un débil susurro. Y hasta los magüeyes, alineados, perdiéndose en la lejanía; los álamos blancos, de ancha copa; los arbolados de fresnos y perales, de entre cuyo follaje dijérase brotaban puntiagudos cipreses, parecían sonreír á la mañana cálida de Mayo. Sobre la chimenea rojiza de una fábrica, oculta en la espesura, cerníase gris penacho de humo. En los hilos del telégrafo, tendidos á lo largo de la vía del ferrocarril del Valle, bandadas de pájaros se detenían, lanzando al aire su parloteo ebrio de sol.

No había por ahí ningún *chalet*, y de ello alegrábase Villaescusa. Su amor á la naturaleza bravía, pujante, hacíale repugnar las manifestaciones de la existencia ciudadana, motivo por el cual se recluyera en aquel rincón florido de San Angel.

Dándose palmaditas en el pecho, respiraba á plenos pulmones el aire salutar de la vega. Las emanaciones frescas del torrente que abajo despeñábase entre malezas, espumeante al chocar contra las rocas, manso y arru-

llador al correr por el suave cauce, entre prados, llegaban á él, amortiguando el calor que ya empezaba á sentirse. En el marco mismo de su ventana, los canarios picoteaban dentro de la jaula las hojas de lechuga marchitas que ahí pusieran manos diligentes, mezclándose sus trinos con los de los vagabundos del campo, que iban de arbusto en arbusto. Turbas de gorriones pían en la cornisa, y en el cielo, amplio y majestuoso, advertíase el volar pausado de un cuervo, al que miraban los prisioneros alados con sus maliciosos ojillos redondos.

Mauricio sentía renacer las perdidas fuerzas al saborear las delicias de la paz rústica. Deleitábanse sus pupilas con el variado paisaje; regalaba los oídos con el murmullo caricioso de la fronda, que bajo el diáfano espacio parecía canturrear versos de una simplicidad bucólica. Escuchó, cuando más absorto en su contemplación se hallaba, el repiqueteo de las esquilas del Carmen, que resonó argentino, igual que si la multitud de pájaros que en torno había elevase un coro de gorjeos. Y para sus adentros, murmuró: «¡Las doce, y aun no he terminado el artículo! Demonio de periódico éste...»

Tentado estuvo de sentarse nuevamente á la mesa. Mas ya fuera que sus nervios repugnaban en aquel instante la tarea y no sintiese la excitación necesaria para el trabajo intelectual; ya que la pereza, que le poseía desde que se levantó, le apartase de tan importantes menesteres, ello fué que se detuvo ante el mueble que recibía sus inspiraciones; percatóse de que en florero de opalino cristal un manojo de violetas convidaba el olfato con su fragancia; cogió una de ellas; aspiró su perfume, sonriente, y poniéndosela entre los labios, fué á recostarse en el mullido diván que en un rincón del estudio se ofrecía. Ahí paseó la distraída mirada por el cuarto, deteniéndola con insistencia en cada uno de los objetos que lo embellecían, ocupación ésta muy propia de los ratos de holganza.

El sol trazaba arabescos en la alfombra roja. A la clara luz, que esparcía dorados átomos en el ambiente, los muebles tenían un encanto nunca visto. En la esquina de la pared frontera á la ventana, un viejo sofá de

nogal, forrado de damasco, hacía juego con dos sillones bajos, de tallados brazos, sobre el tapete de colores sombríos. Una estatuilla de bronce, colocada sobre el pequeño velador de mármol, ostentaba su desnudez á la claridad meridional que invadía la estancia. En torno, las estanterías de madera de color café mostraban, tras de los limpios cristales, encuadernaciones preciosas ordenadas en ringleras: rivalizaban ahí todos los colores, desde el negro de los volúmenes de los clásicos hasta el azul y el rojo de las obras de los modernos novelistas franceses. Hallábanse también en preferente sitio los buenos libros de la literatura hispana, así antigua como moderna, encuadernados en oscura piel que contrastaba con los vívidos matices de los tejuelos sobre los cuales refulgían los títulos en letras de oro. De poetas la colección era variadísima; aunque, bien visto, dijérase que el morador de aquel diminuto rincón de arte sentíase más bien atraído por los prosistas, que llenaban los estantes. Su temperamento de artista fuerte representábase á la belleza en los tipos robustos y sanguíneos de los noveladores; amaba la vida, los amontonamientos de humanidad en los libros, los tropeles de hombres que desfilan por las páginas...

Encima de los estantes lucían las mil chucherías compradas en bazares y almacenes: las terracotas de tinte opaco, las porcelanas de relativa antigüedad. En el lienzo de pared comprendido entre la puerta de entrada y la ventana, una panoplia daba la nota guerrera. Sobre los muros, empapelados de color de oro viejo, veíanse retratos y postales en artístico desorden: la caricatura de vigorosos rasgos, hecha por un dibujante amigo, alternaba con la fotografía de familia; el perfil de la actriz no olvidada y la nerviosa pantorrilla de la bailarina, con la faz severa de tal cual parienta. Enorme abanico japonés, representando escenas de una *casa verde* ideal, dominaba el conjunto desde uno de los rincones. Junto al diván, raídas pieles de oso, de finísimo pelo, se extendían.

Pero el sitio en que hubo de concentrarse la atención del artista era la mesa, amplia, de gruesas patas. El

sillón Voltaire, ante ella aparecía majestuoso. Sobre la cubierta de paño azul, donde andaban regados los libros inseparables, una Venus de Milo, reproducida en yeso, mostraba su desnudez espléndida cerca de la begonia de hojas estriadas que florecía en un tabor sustentado por maciza columna. La luz resbalaba suavemente por los pechos erectos de la diosa; matizaba de oro las caderas blancas; descendía en oleadas sobre los vaporosos paños. Era aquella la musa que invocaba en sus momentos de hastío; el hada bienhechora que presidía sus vigilijs, sus regocijos de escritor satisfecho de la obra, sus expansiones de enamorado.

Y en el semblante de Villaescusa se insinuó plácido contento al remirar todas aquellas cosas en tantas ocasiones vistas. Las amaba con el amor del artista que considera los objetos que le rodean como un segundo yo.

Ya el sol había adelantado en su invasión del cuarto. Acariciaba las pieles de oso y envolvía en onda luminosa el cuerpo divino de la Venus. Las ramas de los árboles ondulaban cadenciosamente y tornábase ardoroso el vaho de la tierra. Afuera, apenas se oían los débiles rumores del campo adormecidos por el calor, y el cacho de cielo encuadrado por la ventana adquiría suaves tonalidades azúreas.

Adormilóse. La violeta hubo de caer de su boca, rota por el tallo. Su cuerpo delgado estirábase negligente sobre la felpa del diván. Vestía pantalón claro; se destacaba de la nitidez albeante de la camisa el lazo de la corbata, que se creyera hecho por mano femenina; el saco de dril, rugoso, no impedía el paso á la frescura que harto necesitaban los poros en la cálida atmósfera. Y su cabeza, de largos cabellos rubios, hundíase en el cojín, mostrando á la claridad solar los delicados rasgos fisonómicos: eran de un azul oscuro tirando á verde los ojos; larga y delgada la nariz; amplia la frente; de oro el presuntuoso bigotillo que poblaba los labios y finas las cejas. Sobre la faz blanca extendíase la atenuada palidez propia de los temperamentos nerviosos.

El reloj dió la una. Su campanilleo resonó en el silencio del estudio. Abrióse la puerta: una mano pequeña

recogió la cortina, y la muchacha á la cual aquélla pertenecía, apareció sonriente en el umbral. Iba á hablar, mas sus pupilas chispearon, como si pecadora idea la alborotase el magín. Avanzó quedo, ahogando sus pisadas en la alfombra; y luego que cerca del diván estuvo, inclinóse sobre el rostro del joven y le plantó en la frente un beso estruendoso, lanzando á continuación sonora risotada. Pero buen chasco hubo de llevarse al observar que Mauricio seguía inmóvil. ¡El muy pícaro! ¡Pues no estaba haciéndose el dormido! Bien se le conocía por la risa, que ya empezaba á retozarle. ¡Vaya! Allá iba otro beso, á flor de párpado, á ver si así se dignaba ponerse en pie para recibir á la mujercita. Y como transcurriera un instante, y á pesar de otros muchos que le diese no consiguiera su objeto, fingió enojo, y presto hubo de aproximarse á la mesa, doblando el talle hasta quedar junto á la Venus, que refulgia al contacto de la luz.

—Pues no señor; aunque se disguste, prefiero besar á la estatua, que es muy linda, y no á usted, que es feo y desdinoso y tonto con las gentes que le quieren —murmuró, sin quitar ojo, por supuesto, del soñoliento galán.

Sonaron en la estancia dos ó tres besos frescos, juveniles, como pétalos de rosa que se desgranán. Y el artista, poniéndose en pie de un salto, gritó mientras corría hacia ella y la sujetaba por los brazos:

—¡Nita! ¡Nita! ¡No los desperdicies! Mira que bien pobres estamos para regalar tesoros...

Ambos rieron la broma, dichosos, mirándose á las pupilas, como si hiciera siglos que no se viesen. Encamináronse al diván, cogidos por la cintura; y Mauricio hubo de sentarla sobre sus piernas, en tanto que ella forcejeaba, intentando en vano desasirse.

—Dime: ¿dónde te has pasado la santa mañana, olvidada de tu poeta?

—En compras.

—¡Hola! Vaciarías el almacén.

—Ni eso. Mira: el corredorcito va á quedar monísimo con las reformas que le haré.

—¡Pero, niña, tú me estás resultando más reformista que Lutero! Nos quedaremos en las cuatro esquinas.

Le impuso silencio, tapándole la boca con la alba manecita. Luego hubo de remedarle:

—Usted es el primero en reclamar un paraíso por casa...

—¿Y será un paraíso el corredor?

—¡Vaya si lo será!

—¿Cierto? Te aseguro que ya me está entrando una curiosidad...

Se puso seria; desenlazó el brazo que en torno al cuello de él tenía, y dijo, contando con los dedos:

—Oye: en primer lugar, compré un mueblecito de bambú: dos sillones preciosos y un sofá chiquitín. Es una joya. ¡Te juro que estos japoneses tienen metido al diablo en cuanto se ponen á hacer cosas bonitas!... En segundo lugar, seis macetas de porcelana para plantas de sombra; una pecera... ¡Cómo! ¿Haces gestos? ¡Pero hombre, si son tan lindos los pescados de colores! Van y vienen, se hunden, salen á la superficie, abren el hociquito para comerse las migas que se les echan: ¡una monería, una verdadera monería, Mauricio!... En tercer lugar, un velador para la pecera—¡claro que no había de quedarse en el suelo!—, varios paisajes, una lámpara—¡y qué lámpara!—, grande, blanca, con sus cadentitas de bronce...

Villaescusa la contempló con azoro:

—¿Y en cuarto lugar?...

—No hay cuarto lugar. La historia acaba con el tercero.

—Respiro. Me habías asustado... Bueno, y en total, ¿á cuánto asciende el gasto?

Ella escondió la ruborizada carita en el hombro de él. Sus rizos negros, alborotadores y traviosos, cosquilleaban las mejillas del artista. Y después de un momento de silencio, murmuró, sin levantar el rostro:

—No es mucho, no te creas... Suma ciento cuatro pesos setenta y cinco centavos.

Aprobó Mauricio. Nita, al escucharle, alzó la frente, ya sin rubor ni congoja. Sonreía con dulce sonrisa, que

tornaba aun más deseables los labios frescos, de leve tinte rosado. En los ojos grandes, negros, que se adormecían bajo las largas pestañas, descubriase una mirada de agradecimiento, de pasión: la mirada de la amante que se deleita al satisfacer un capricho. El sonrojo borrábase de las mejillas, dejando tras él la habitual palidez. Los cabellos de ébano, alborotados por las caricias del mozo, imprimían al semblante adorable picardía, cierta dejadez que armonizaba con el reir de la diminuta boca por entre cuyos labios asomaban los dientecitos blancos.

Contemplábala sin cansarse. En sus divagaciones de poeta había soñado, allá en la adolescencia, con una amante pequeñita, sonreidora á ratos, triste en ocasiones. Sería la princesa de sus sueños, de pie breve, de largas manos, de pupilas glaucas. Mas los azares de la realidad, que según iba él convenciéndose no estaban siempre acordes con imaginaciones calenturientas, diéronle en buena hora su princesa, pero sin todos los aditamentos y condiciones que exigía. Los ojos fueron, en vez de color esmeralda, de azabache. Y no se llamó Loreley, ni Mimi, sino Susana Iris, lisa y llanamente. Bien visto, no había perdido gran cosa en el cambio. Mirábala ahora, recostada sobre sus hombros, charlotéándole al oído asuntos frívolos, con el cuerpo ni alto ni bajo, que se adivinaba, á través de la muselina tenue, bien proporcionado, esbelto, apetecible por su delgadez. Los brazos, cuyo cutis, por lo terso, semejava pétalo de flor recién abierta, descubriáanse entre la nube de encajes de las mangas. Las orejas, diminutas, de gruesos lóbulos, se escondían entre la maraña del pelo; y las manos, regordetas, jamás estuvieron en completa quietud mientras ella hablaba, pues constituían elemento importantísimo para dar intensa expresión al discurso, yendo y viniendo en el aire, hundiéndose entre los oscuros cabellos, ó agarrando las solapas del interlocutor, en loca algazara, como fiel trasunto que eran de aquel temperamento amoroso, expresivo, ligero.

Embebidos hallábanse en amena charla, cuando ella se puso en pie, súbitamente, llena de asombro. ¿Es que

no iban á comer aquel día? Pues señor, la luna de miel les hacía olvidarse aun de las más elementales funciones del vivir.

—Espera un momento más.

—¡Chico, me gusta! Ahora voy creyendo que te nutres con prosas y versos. Y yo me opongo á eso, es claro, aunque á usted no le parezca. Vamos á la mesa, que ya ha de estar bien puestecita, y ahí platicaremos de cuanto usted guste y mande.

Recogiése las faldas, y con paso acelerado hubo de encaminarse á la puerta.

—¡Moni! ¡Moni!—gritó—. ¿Está la sopa?

Presto volvió por el joven, y ambos atravesaron la alcoba que al estudio seguía, evitando la puerta que daba al corredor, en razón de que deseaba ella que Mauricio no lo viese hasta que estuviera bien remozado. Siguiéron por otra habitación que junto á la alcoba estaba, y que Nita destinaba á labores de aguja, y entraron en el comedor.

Era éste un cuarto de muñecas. El papel claro de los muros alegrábale al reflejar la luz que entraba por el balcón, el cual, velado por cortinas de cretona, abríase en la pared frontera el jardín de la casa. Tras de los cristales se dibujaban los ramajes verdes, los setos, los macizos de plantas. En el centro, la fuente, arcaica, vercosa de humedad, lanzaba un chorro de agua cristalina que apenas si se elevaba un palmo, vivificando con sus francas emanaciones las macetas que en el brocal florecían. La verja, hecha de ladrillos rojos, dejaba vislumbrar la calle estrecha, limitada por un muro larguísimo, en el que se advertían las huellas del tiempo. Masas de follaje sobresalían por encima de él, y un manso susurrar era el único rumor que conmovía la calleja.

Solazábase Nita viendo desde la mesa aquel rincón de paisaje. Pensó en la dulzura que entrañaba el considerar la vida apacible y soñolienta del pueblo, mientras la sopera humeaba, y el amante engullía, satisfecho, decidor, mirándola á los ojos. Ahora mismo, en espera del consabido puchero, decía volviéndose hacia el balcón:

—Dime, Mauricio, ¿quién vivirá allí, tras de esos paredones eternos? No se oye ruido, ni voces humanas, ni risas. Parece una casa muerta, y sin embargo, hay árboles, hay flores...

—Ve tú á saberlo. ¡Como no sean monjas ó viejas histéricas!

—Qué poco amarán la vida, ¿verdad? ¡Ah! vivir, respirar aire, ver gente, caras amigas que le sonríen á uno, barullo, movimiento por todas partes, y en la noche, cuando se desea tranquilidad, sosiego, encerrarse en su casita junto al hombre que se quiere... Yo me acuerdo de mis años pasados, y aunque tristes, no les cambiaría por los de esas pobres mujeres.

Luego, derramando en la copa un chorro de agua cristalina, prosiguió:

—¡Rezar! ¡Adorar á Dios! Puede una adorarle donde guste: en casa, en el campo, en la calle, en la iglesia... ¡Como si fuese más digno de alabanza hacerlo entre cuatro paredes, sin los mil encantos que nos mueven á olvidarnos de El y sin las dos mil tentaciones que cada día nos saltan al paso!

Considerábala Villaescusa embobado. Le sorprendían su naturalidad y buen sentido, y por más que fuera incrédulo y hubiese apurado ya la verdad que le brindaran los libros, se le antojó atrayente aquel modo de amar á Dios entre un baluceo de amor y una caricia, tan distinto, ¡ay! del que profesaba su tía Victoria, la beata que le sermoneó en los días de su infancia.

—¡Si todas las mujeres fueran como tú, musa—exclamó pellizcando el albo brazo que ella tenía sobre el mantel—, cuántos hombres habría casados!

Nita hubo de responderle con un guiño expresivo, como si dijera: «Pues, hombre, ya lo creo.» Vislumbrábase en su semblante la satisfacción de vivir. Expandía el halago de sus pupilas sobre las cosas que la rodeaban, súbitamente poseída del regocijo del sol, que en su declinar bañaba el comedorcillo en una claridad de oro. En el pequeño aparador refulgía la loza, haciendo resaltar los colores de las porcelanas alineadas. Iluminábanse los cuadritos de negro marco, y la lámpara, in-

móvil, pendiente del techo, desparramaba en torno un chisporroteo áureo, con el globo de cristal blanco irisado por la luz.

Sorbió la última eucharada de sopa, y en seguida, al ver que Mauricio había concluido ya, hubo de llamar, palmoteando:

—¡Moni! ¡Moni! ¿No hay más que comer?

—¡Allá voy!... Un ratito no más, niña...—respondió una voz desde la cocina, cuya puerta ahumada hallábase al fondo del patizuelo inmediato.

—Mujer, que ya dilatabas—dijo Nita al verla entrar con el cacharro humeante en las manos—. De seguro que la tardanza equivaldrá á lo succulento del guiso.

Moni se ruborizó. Era una muchacha gruesa, fuerte, que echaba salud por los poros. La color trigueña, los ojos negros y vivos, el pelo lacio que caía en dos bandas sobre sus sienes, los dientes blanquísimos y la nariz, un si es no es respingada, hacían de ella una buena moza, si no en detalle, por lo menos en conjunto. Vestía con nimia limpieza, falda de percal, blusa de gasa y un delantalillo de encajes, en una de cuyas extremidades veíase bordada una S, que explicaba el origen de prenda tan poco común en el gremio doméstico. ¡Y qué bien cuadraban aquellos lindos avíos con el busto exuberante y las caderas amplias de la hembra!

—¿Y por qué te avergüenzas, tonta? Si esto está riquísimo—afirmó Nita poniendo en el plato de su amante una costilla de carnero que olía á gloria.

Moni apenas pronunció palabra. Ignoraba si á la niña le agradaría que hubiese suprimido el puchero... Además, quizá al señor no le gustara lo hecho. Y la pobre no acertó á explicarse hasta que Villaescusa la animó en tono de zumba:

—Soy de la opinión de Nita. Ya voy creyendo que te regeneras.

—¡Claro! ¿Te acuerdas de lo mala que era allá en México? ¡No podía uno comer sus cosas!

—Y es que el aire, la luz, la hierba, y quién sabe si algún novio que te haya salido por ahí...

—No señor, pues... no me ha salido ninguno. Son

muy brutos estos de San Angel... A fe que los de mi Guadalajara—repuso la criadita ocultando el picaresco rostro en una punta del delantal.

—Pero basta de charla, ¡ea! que ya estamos terminando.

Y Moni salió corriendo, sin que por ello cesaran las risitas que la producían las bromas del señor.

Nita siguióla con los ojos cariñosamente. ¡Pobrecita! A leguas se advertía que estaba contenta. Por las mañanas era de verla, con las mangas hasta los codos, trayendo el agua de la fuente: iba y venía por las escaleras canturreando como un pájaro escapado de la jaula; deteníase en el jardín cuando encontraba alguna flor desconocida. ¡Y milagro que no se atreviese á cogerla! ¿Qué dirían las gentes de abajo? Aunque por lo visto había hecho ya buenas migas con ellas. Saludaba de manera cordial á don Alejo, el dueño de la casa; á Jacobina, la mayor, aquella muchacha madura que ayudaba al padre en la botica y era tierna madre-cita en el hogar; á Lupe, la segunda de la familia, tan inquieta, y á Nela, la pequeña, digna de lástima y amor por su ceguera.

—Son personas excelentes—añadió, dejando los cubiertos sobre el plato—. A Moni le preguntaron por ti. Dicen que eres muy simpático y muy atento.

—¡Pero si yo ni siquiera las he visto!

—Eso tendrás que agradecerles: que sin conocerte, te lancen piropos... Ellas desean tratarnos. Yo quisiera, Mauricio, que bajásemos un día. Mira: una visita, así, de tres minutos.

Villaescusa protestó. ¡Bueno estaba que vinieran huyendo de los chismes y de la vida alborotada de México, para ir á enfrascarse en nuevas amistades! Pues no señor. El sentíase como el pez en el agua metido en su casa con su mujercita, con sus libros, con sus proyectos. Saboreaba los encantos de la vida apacible, del silencio, del amor callado, suspirando apenas en los rincones de penumbra ó ante el paisaje lleno de sol. Adorábala con toda su alma; era el ideal de mujer que persiguió: humilde, amorosa, abierto el espíritu á las

manifestaciones bellas... A ello se debió, en efecto, que decidiese abandonar la existencia de soltero, aburrida para él á los veinticinco años, y trocarse el hogar frío y solitario por el rincocito en que ahora vivía, alegrado por las diez y ocho primaveras de la musa. Eran jóvenes. Juntos podrían hacer la obra humana y la obra artística: crear hijos y crear libros; he ahí su ensueño eternamente acariciado; el mismo que ahora rebullía en su cerebro, en el luminoso comedor impregnado de aroma de café, cerca de Nita, que le contemplaba extática y como absorta en idéntica soñación, clavada de codos en la mesa, sin añorar su infantil ruego, muy abiertos los negros ojos, como si delante de sí columbrase un futuro de amor, de amor inmenso é inacabable...